

La misa y el ágora

La religión es uno de los campos más sembrado de minas para cualquier acción política democrática. Lo sabemos desde siempre, pero en nuestros días es cuando sale a la luz con mayor claridad. La nítida separación teórica entre una esfera pública, donde la ciencia opera como la única verdad, y otra privada, donde cada cual sigue sus creencias, nunca ha funcionado realmente en la práctica.

Por eso, no se entiende que Podemos busque la suspensión de la misa de La 2, un servicio que seguro que agradece un ilimitado número de creyentes, sobre todo los de más edad. Es lo que habitualmente hacemos cuando nos enfrentamos a los requerimientos de las minorías musulmanas. Al menos en los países menos dogmáticos con la laicidad. Entenderla como una geometría rígida ya hemos visto que no funciona. Y el tema del Burkini es, de nuevo, un buen ejemplo del absurdo de llevar hasta sus últimas consecuencias el principio de “estos son mis principios”.

El principio del “respeto” está por encima de cualquier otra consideración. Con todo lo apasionante que es este tema, más interesante me resulta preguntarme, y me repito, el por qué Podemos siente la necesidad de pronunciarse sobre estos temas. Sobre todo, porque, bien visto, no creo que sea muy de izquierdas eso de dejar sin su misa televisada a un conjunto de ancianos. ¡Anda que no hay otras dimensiones en las que hincar el diente a la Iglesia!

Solo se entiende desde la perspectiva del narcisismo de la radicalidad, buscar diferenciarse con pequeños gestos para simbolizar que rompen el consenso establecido y provocar la reacción visceral de la derecha. Aunque eso les arroje a la periferia. La centralidad se ubica hoy en otro lugar. No en la misa, pero sí en el ágora, en lo que de verdad nos preocupa a todos.

Fernando Vallesín, *El País*, 17 de marzo de 2017